

Chiton



¡CHITON!!!

COMEDIA EN DOS ACTOS,

traducida del francés

POR

D. Nicolas Loubia.



Madrid:

IMPRENTA DE YENES.

1837.



PERSONAS.

El Príncipe Potemkin.

La Condesa Braniska, su sobrina.

Rielof, tesorero de palacio.

Julia, su esposa.

Ladislao, oficial polaco.

Un criado.

Un oficial.

Oficiales de palacio.

Criados.

La escena es, el primer acto en los jardines de la ermita; y el segundo en el palacio del Príncipe Potemkin.

Esta comedia es propiedad del editor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el jardín de la ermita cerca de San Petersburgo.

ESCENA PRIMERA.

LADISLAO, UN DESCONOCIDO.

Al levantarse el telon Ladislao está en la derecha paseando con impaciencia. A la izquierda un desconocido anda lentamente con los brazos cruzados, y al parecer sumergido en profundas reflexiones.

Lad. Nadie parece todavía por los jardines de la ermita... nadie absolutamente mas que ese caballero... que viene á ser lo mismo... porque ni me ve, ni pronuncia una sola palabra. *(Vuelve á pasear.)*

Des. Sí... ese es *(aparte como maquinalmente)* el camino de Constantinopla... y llegaremos allá. *(Empieza á pasearse cambiando de direccion, y se encuentra de manos á boca con Ladislao.)*

Lad. Dispensadme, caballero; sabéis qué hora es?

Des. Las *(sorprendido se detiene y le examina de pies á cabeza.)* nueve!.. *(Vuelve á pasear.)*

Lad. ¡Ola! Parece que no le agrada entablar conversacion. Hace muy mal... Porque es el mejor medio de entretener el tiempo cuando se está esperando... y él tiene trazas de esperar como yo. Caballero, podriais *(En este momento vuelve á encontrarse con el desconocido.)* decirme á qué hora se levanta el príncipe Potemkin?

Des. No se sabe; suele no acostarse. *(Con frialdad.)*

Lad. Es claro: los ambiciosos no duermen: porque no tienen tiempo para entretenerse en nada; y aunque en este momento sea de hecho emperador de todas las Rusias, es un pobre diablo que me da lástima. Le conocéis vos, caballero?

Des. Sí; y vos?

Lad. Jamas he estado en San Petersburgo. Acabo de llegar de Varsovia... me llamo Ladislao, y soy alfe-

rez en el regimiento de Guardias... He obtenido del rey Augusto Poniatowski, nuestro soberano, tres meses de licencia; trato aprovecharme de ella, y con el objeto de tomar el aire, he venido paseándome á pie hasta San Petersburgo.

Des. ¡A pie!

Lad. Por supuesto: mis intereses me impiden usar de otro carruage... Oficial de infanteria con dos mil rublos de paga, que unidos á lo que yo tengo, forman la cantidad de mil quinientos rublos...

Des. Cómo puede ser eso!.. pues entonces (*Admirado.*) qué tenéis?

Lad. Deudas!.. como todos... un oficial tiene muchos gastos... asi es, que me veo obligado á viajar á pie... Pero siempre contento. La ilusion me hace creer que soy general, rey... que tengo en mis manos todos los tesoros de la Rusia, que soy un conquistador invencible, y que es mio todo el mapa mundi; y no veo la realidad hasta que llega el momento de pagar al posadero.

Des. Vamos, ya entiendo... entonces venis á buscar algun ascenso?

Lad. Nada de eso.

Des. A hacer fortuna?

Lad. Menos... ninguna de las dos cosas me llama la atencion... No soy avaro, ni ambicioso como Potemkin, ó por mejor decir lo soy mas que él; porque el objeto de todos mis votos, la felicidad á que aspiro, en una palabra, la idea fija que me persigue por todas partes es la mas amable y hermosa muger de la corte... nada menos que eso.

Des. Es Catalina? (*Con viveza.*)

Lad. Ni por pienso... Esa es emperatriz... y la otra!.. la otra es un ángel, una hechicera que me ha encantado... y eso que no la he visto mas que dos veces en toda mi vida, en los bailes que se dieron al rey en Varsovia, cuando atravesaba la Polonia.

Des. Me parece muy confiado. (*Aparte.*) Y bailasteis con ella. (*Alto.*)

Lad. Mucho mas que eso, mi querido amigo!.. Valsé con ella!.. Conocéis toda la estension de esta palabra?.. ¡Valsé con ella!.. Oh!.. si fuese mi muger, no

valsaria con nadie en este mundo... Vamos, yo no sé cómo mi imaginacion ha podido contenerse tanto tiempo, y no he perdido el juicio.

Des. Y con motivo.

Lad. Es que no es eso solo!.. Ojalá que su cuna fuese pobre ú oscura, que aunque soy noble, me hubiera casado con ella inmediatamente... Pero imaginaos cual seria mi desesperacion, cuando supe que esa muger tan jóven y tan hermosa, se halla enriquecida con todos los dones de la fortuna y del nacimiento!.. ah!.. qué injusticia tan atroz!.. para qué los quiere ella?.. hay tantas que no pueden vivir sin ellos!.. y sentí que mi sangre se helaba en mis venas cuando me dijeron: «Es la mas ilustre dama de la corte de Rusia...» En una palabra, la sobrina del príncipe Potemkin.

Des. La condesa Braniska! (*Con viveza.*)

Lad. Sí, querido amigo; su sobrina, su única heredera... una reputacion inatocable... una rigidez de principios... en fin, la única virtud acaso de toda la corte. Ya veis qué desgracia... asi es que cuando calculo en el trabajo que me va á costar conseguir...

Des. Pues qué, pensais casaros con ella?

Lad. No pienso mas que en eso, y salga por donde salga.

Des. Esa es una estravagancia!..

Lad. Mi única ocupacion es amarla, y no quiero dedicarme á otra cosa.

Des. Pues es una ocupacion... (*Sonriendo.*)

Lad. Yo creo que muy agradable para un amante. Pero por desgracia hay abundancia de profesores en ese oficio.

Des. Y eso os hará renunciar...

Lad. No tal: cuando se tiene una vocacion decidida, no desaniman los obstáculos ni el tiempo, hasta que se muere, ó se consigue el objeto... Yo pienso asi...

Des. Pero teneis algun medio... ó esperanza acaso...

Lad. Tengo.--Pero no se lo quiero decir á nadie, porque siempre me han criticado que soy muy indiscreto, y no tienen razon. Dicen que los polacos somos los franceses del Norte... es injusta semejante comparacion... á lo menos en cuanto á mi... Conocéis al baron de Rielof?

Des. El tesorero de Palacio?

Lad. Me he acordado que es un pariente lejano... primo segundo... que tal... es atento?

Des. Sí, cuando no se le necesita.

Lad. Ah!.. Bien!.. Yo no exijo de él sino que me presente al príncipe en calidad de secretario... ó subsecretario... lo mismo me da... No quiero mas sueldo que estar en su casa... porque vive con su sobrina en un mismo palacio... me entendéis?.. por eso he venido tan temprano á casa de mi primo el tesorero. Pero está cerrada la puerta.

Des. Hasta para sus primos?..

Lad. Qué sé yo: puede ser que desde que es tesorero se haya visto obligado á tomar una medida de familia.

Des. Y os habeis desanimado por eso?

Lad. ¡Quía!.. Si yo no me desanimo en la vida. Me han dicho que va por la mañana á palacio, ha de pasar por este jardin, y le aguardo aqui para preparar una escena de reconocimiento y darle un abrazo. Pero despues he reflexionado que como no le he visto en mi vida, mi sensibilidad podria equivocarse, y desplegar todos sus accesos sobre el primero que llegue... á no preguntar á todos: sois mi primo?

Des. Oh!.. Eso seria...

Lad. Hacer un desaire al instinto de la naturaleza, y á la voz de la sangre.

Des. Callad. (*Mirando á la derecha del fondo.*) Ya no hay riesgo de caer en un error, porque el baron de Rielof viene hácia aqui con su esposa Julia.

Lad. Mi prima!.. (*Mirando por el mismo sitio.*) Os doy mil gracias, y aunque no tengo el honor de conoceros, procuraré, si me es posible, pagaros este favor.

Des. Oh!.. no... yo soy quien debe estaros reconocido. (*Se saludan, y el desconocido, despues de haber mirado á Ladislao, se va por la izquierda riendo.*)

ESCENA II.

RIELOF, JULIA, LADISLAO.

Jul. Si señor: una camarista de la emperatriz tiene mas

crédito del que se os figura... y si quereis secundarme... pero todo os asusta.

Rie. Sí señor, todo me asusta, y con razon.

Jul. Asi nunca llegareis á ser nada... y si lograsemos derribar á Potemkin, terminábamos la partida con felicidad.

Rie. Quereis callaros?.. Que hay aqui gente... he sentido esparcirse por todos mis miembros un frio helado.

Jul. Sí, el frio de la Siberia.

Rie. Me parecia que ya estaba en camino para allá.

Lad. No sé si tengo el honor (*Saludándole.*) de hablar al señor baron de Rielof; pero segun la pintura que me han hecho, esta señora debe ser su esposa, la hermosa Julia.

Jul. Y por qué, caballero?

Lad. Seria muy dificil equivocarse;... y vuestra sonrisa me dice que no me he engañado. Estrangero en esta brillante corte donde reina la hermosura, es natural que busque los medios de acogirme bajo su proteccion. (*Presentándola una carta.*) Esta carta dirigida á vos podrá deciros quien soy.

Jul. Caballero, no (*Entregando la carta á su marido.*) necesitábais eso; vos mismo sois la mejor recomendacion que pudiérais presentarme... Me hareis la gracia de dispensarme, porque en este momento mi deber me llama al lado de la emperatriz... disimuladme si os dejo con mi marido... espero que mas tarde podré indemnizaros.

Rie. ¡Vamos!.. un primo... (*Despues que ha abierto la carta.*) un primo mas!...

Jul. Este al menos es buen mozo.

Rie. Y qué me importa á mi eso?.. Vendrá á pedirme algo; como si lo viera.

Jul. Pues es preciso saberlo... y tratad de contentarle, caballero; porque si no se dirigirá á mi... y vaya usted á saber lo que... Basta. (*Rielof quiere insistir.*) Bésoos la mano, caballero... Creed que procuraré protegeros en cuanto me sea posible.

Lad. Yo apreciaré tanto mas esa proteccion, cuanto que viene de una hermosa prima, á cuyos pies tengo el honor de ponerme. (*Julia se va por la derecha.*)

ESCENA III.

RIELOF, LADISLAO.

Lad. Caramba!.. Qué hermosa es (*Aparte.*) mi primita... y como esto marche siempre así, todo me va á salir á las mil maravillas.

Ric. Veo, querido primo... Mi muger (*Aparte.*) se ha empeñado... Veo que venis (*Alto.*) de observador á nuestra Rusia.

Lad. Sí, señor baron; vengo á admirar sus bellezas.

Ric. Pues el momento es poco á propósito. Un nuevo imperio, agotado por su grandeza, y por un lujo, que siempre va en aumento... Y el caso es que las prodigalidades y los festines de la corte, recaen sobre nosotros los particulares. Solo el tocador de mi muger consume toda la renta que me produce mi destino, y temo que acabe por arruinarme.

Lad. Yo no corro ese peligro... si gustais, querido primo, os revelaré mi secreto.

Ric. Qué!.. teneis corrientes vuestros negocios y no necesitais nada?

Lad. Nada mas que vuestra amistad.

Ric. (*Aparte.*) Que felicidad! Con todo, (*Alto.*) mi querido pariente, creed que á pesar de mis atrasos, mi gabeta está siempre abierta para mi familia.

Lad. Como la mia para mis amigos.

Ric. Bueno: no quiere dinero. (*Aparte.*) Se encuentra aun oro, gracias á Dios, (*Alto.*) en la corte de Catalina... pero lo que sí es imposible encontrar son destinos, todos estan provistos, y...

Lad. De veras?

Ric. Han sido asaltados por los protejidos de Potemkin.

Lad. Nada me importa eso.

Ric. ¡Ola!.. Tampoco quiere empleo. (*Aparte.*) tenia razon mi muger... este primo es una alhaja... Esto no es decir (*Alto.*) que estemos del todo destituidos de crédito... La baronesa de Rielof es camarista de la emperatriz... y yo como tesorero de palacio, he tenido mas de una vez el placer de colocar mi familia...

Pues sí, lo que mas deseo es la ocasion de poder ser útil en algo.

Lad. Ah!.. Bien!.. (*Presentándole la mano.*) Dadme esa mano... os necesito.

Rie. ¡Diablo!.. (*Aparte.*)

Lad. Hace un instante que me habeis hablado del príncipe Potemkin... Le conoceis por ventura?

Rie. Y quién no le ha de conocer?... El fortunon mas disparatado de nuestro siglo... de simple alférez de guardias...

Lad. Como yo!...

Bie. Ha llegado á ser príncipe, primer ministro, generalísimo de todos los ejércitos rusos, gran Hettman de los cosacos, gran Almirante de las escuadras del mar Negro, del mar de Azoff... qué sé yo que mas! Cuando escribo sus títulos, lleno una página entera.

Lad. Eso indica un gran talento.

Rie. Pues no lo ha tenido mas que para una cosa.

Lad. Para agradar á su soberana.

Rie. Eso no es lo mas difícil... en lo que ha empleado todo su arte, todo su talento, ha sido en conservar el favor, á pesar de los innumerables caprichos de la emperatriz.

Lad. Tan caprichosa es?

Rie. Silencio, querido primo; sé por mi muger, que está mezclada en todos los secretos de estado, una porcion de cosas que debia ignorar, porque temo mucho á la Siberia... en fin, hablando claro... Todos los dias esperamos la caida de Potemkin... y nada... siempre conserva el poder... y la emperatriz á pesar de que la gusta lo modernito...

Lad. Se agarra siempre á lo antiguo?

Rie. Precisamente.

Lad. Y eso os fastidia, ¿no es asi? He oido hace poco á la señora baronesa... se trata de que Potemkin...

Rie. Lo habeis oido!.. Que imprudencia!

Lad. No correis peligro conmigo.

Rie. Ya!.. Pero con otros... si... de todos modos será lo mismo... mi muger se ha empeñado en ello... yo no sé por qué... querer persuadirme que le aborrezco... eso no es verdad... porque le estimo y le respeto... Vaya!.. El gran Potemkin!.. (*Al decir esto se inclina.*)

Lad. Para qué os inclináis?.. Si no está presente.

Rie. Qué quereis?.. La costumbre...

Lad. Vengo á proponeros; como igualmente á mi prima, un proyecto que puede ser útil á los vuestros. Procurad introducirme en casa de Potemkin, en calidad de secretario... sin sueldo... nada importa, con tal que yo me instale cerca de él.

Rie. Para servirnos, eh? Buena idea. Se la diré á mi muger... Pero su recomendacion sería de muy poco valor para con el príncipe... mejor fuera dirigirse por medio de la condesa Braniska, su sobrina.

Lad. La condesa.

Rie. Mi esposa no la puede ver; pero está muy unida con ella, porque como no sabemos lo que puede suceder...

Lad. Oh!.. Es una conducta muy prudente!.. y si mi prima pudiera hablar á la condesa Braniska en mi favor...

Rie. ¡Silencio! Ella sale de la iglesia de san Andres... lo que es en cuanto á su moral, no se puede tildar.

Lad. Ah! Ya lo sé... posee todas las virtudes de la tierra... Cómo me late el corazón!

ESCENA IV.

LA CONDESA y dos ó tres criados que quedan detras de ella, RIELOF, LADISLAO.

Rie. Señora condesa, tengo el honor de ponerme á vuestros pies.

Cond. Buenos dias, caballero Rielof... os encuentro á propósito... Quería pedir á vuestra esposa un billete de convite para el baile de esta noche. Creo que la emperatriz la ha confiado el encargo de distribuirlos.

Rie. Sí señora.

Cond. Es para un sugeto de la embajada francesa, que no conoce las fiestas de la ermita, y quiere asistir á esta.

Rie. Pues, señora, yo mismo tendré el honor de llevaroslo en todo el dia.

Lad. Vamos, primo... (*Al oido á Rielof.*)

Rie. Y si me atreviera, reclamaria de vos un favor...

Cond. Y por qué no?.. Con mucho gusto... de qué se trata?

Rie. De un pariente que quisiera presentaros, y recomendar al mismo tiempo á vuestra proteccion... Ladislao Radzinski... oficial polaco... un jóven desconocido...

Cond. No tanto... (*Para entre Rielof y Ladislao.*) Hace tiempo que vi á este caballero en la corte del rey augusto en Varsovia.

Lad. Qué!.. señora!... os dignais (*Inclinándose.*) recordar...

Rie. Oh!.. No deja de tener mérito.

Cond. Efectivamente! Baila muy bien, y eso es una habilidad muy rara, sobre todo en san Petersburgo, donde tan poco lo entienden.

Rie. Es verdad. Y aun me acuerdo del efecto que produjo hace algunos años en los bailes de la corte el conde Poniatowski. En aquella época no era todavía rey de Polonia. Y se nos asegura con mucha certeza, que debió la corona á sus talentos pedestres.

Lad. Mi primo quiere reirse á mi costa. (*A la condesa.*)

Cond. No: es cierto lo que dice. (*Sonriendo.*)

Lad. Cómo!.. Llegar á alcanzar un trono sin mas mérito que el de saber bailar bien?

Cond. Sí, cuando á las reinas les gusta (*Sonriendo.*) mucho el baile.

Lad. Yo he debido á él por lo menos una gran felicidad.

Cond. ¿Cuál?

Lad. El acordarme de vos, señora.

Cond. Os agradezco la memoria; pero si no estoy engañada, me parece que aquella noche debió dejaros tambien otros recuerdos menos agradables. Oí hablar de un duelo, no sé por qué razon, que se efectuó despues del baile, y me parece que fuisteis herido.

Lad. No lo tengo presente, señora.

Rie. Es un poco desmemoriado; pero le adornan otras cualidades, de que puedo responder. Y como en este momento solicita un destino que depende de vos.

Cond. De mí?.. Decidlo al instante.

Rie. Desearia entrar en el número de los secretarios del principe Potemkin, vuestro tio.

Cond. ¿Y no es mas que eso?

Lad. Cómo, señora!.. No me negareis este favor?.. Será posible? (*Sacando un papel del bolsillo.*) Aquí teneis mi demanda.

Cond. Creo, sin que esto parezca (*Tomando el papel.*) vanagloria, que mi recomendacion será suficiente para que la consigais... Habeis dejado el servicio de la Polonia?

Lad. Sí señora.

Cond. Entonces podeis pretender otra cosa; los buenos oficiales son muy raros en Rusia, y me lisonjeo de que obtendré para vos...

Lad. Ah!.. no... señora... Descoser (*Con viveza.*) secretario y nada mas.

Cond. ¿Y por qué?

Lad. Es mi vocacion... he nacido para eso.

Cond. Sí, como los que nacen para poetas. (*Riendo.*)

Lad. Lo mismo.

Cond. Sea en hora buena. (*A uno de sus lacayos.*) Llevad esta peticion al príncipe y decidle...

Lad. Oh!... (*Aparte mientras que la condesa habla á su lacayo.*) Estrella mia!.. Te doy mil gracias.

Cond. Caballero, es (*Despues de enviar á sus lacayos dice á Ladislao.*) negocio concluido.

ESCENA V.

RIELOF, LA CONDESA, LADISLAO, JULIA.

Jul. Ah!.. ah!.. ah!.. Ya tengo (*Entra riendo.*) que reir para tiempo.

Lad. Mi prima!

Cond. ¡Jesus!.. Baronesa qué teneis?

Jul. Ah!.. ah!.. ah!.. la historia (*Riendo mas fuerte.*) mas original... ah!.. ah!.. os pido perdon si vuestra presencia aumenta mi risa... ah!.. ah!.. porque figurais un poco en este lance.

Cond. ¡Yo!

Jul. Es decir: mucho!.. Sois la heroína.

Lad. Prima, esplicaos.

Jul. Dejadm respirar un poco... Salgo del gabinete de la emperatriz, todas eramos señoras, y S. M. que es-

taba de muy buen humor, se ha puesto á contarnos una aventura que acababa de saber; pero no ha querido decirnos quien se la ha referido.

Cond. Sabe Dios qué razones tendrá para...

Jul. No, no, es que es una historia verdadera... os lo aseguro... si ha sucedido hoy por la mañana... Imaginaos que un jóven... un oficial polaco acaba de llegar de Varsovia á san Petersburgo á marchas forzadas... ¿á que no adivinais para qué?

Cond. Alguna conspiracion.

Jul. No.

Rie. Algun pliego.

Jul. Tampoco... Ha hecho doscientas cincuenta leguas para venir aqui, y hacerse amar inmediatamente de la condesa Braniska.

Cond. ¿De mí?

Lad. ¡Cielos! (*Aparte.*)

Jul. Ese es su objeto, su intencion formal y declarada.

Lad. Pero eso es imposible.

Cond. ¡Qué locura!

Jul. Lo parece á primera vista... pero no deja de raciocinar con madurez... Se ha constituido en vuestro amante... esa es su sola ocupacion, y no quiere otra... Pero lo mas original es que tiene formado un plan, y la emperatriz se interesa sobre manera en su éxito... por lo que os suplica que la tengais al corriente de todo.

Cond. Pues es una diversion que me hace muy poca gracia.

Lad. No callará esta muger! (*Aparte.*)

Jul. El plan es el siguiente. (*Riendo.*)

Lad. Prima!.. (*Queriendo impedirla que hable.*)

Jul. Tranquilizaos... os lo voy á referir. Tiene el desig-
nio... os vais á reir como yo... tiene el desig-
nio de entrar de secretario... ah!.. ah!.. ah!..

Cond. ¡Cielos! (*Mirando á Ladislao.*)

Lad. Ay!.. Qué será de mí?

Cond. Secretario del príncipe Potemkin? (*Mirando á Ladislao vivamente.*)

Jul. Eso mismo. Pues qué, conoceis la historia?

Cond. Sí... Aunque parece (*Mirando á Ladislao.*) algo

inverosímil, empiezo á creerla, si observo la turbacion y vergüenza del culpable.

Lad. ¡Señora!...

Cond. Basta, caballero: no os admireis si retiro la palabra que os habia dado. No conteis con ella.

Lad. Dignaos al menos escucharme...

Cond. Es inútil: Creo ser bastante generosa, limitando á esto solo mi venganza... marchaos, caballero... os mando que no volvais á presentaros delante de mí.

Lad. Obedezco. Ah!... Prima!... (*A Julia yendose.*) Qué habeis hecho!.. ¡Desgraciado de mi!

ESCENA VI.

RIELOF, LA CONDESA, JULIA.

Jul. ¿Es posible?... Ese pobre muchacho era el que?... nuestro primo!...

Rie. ¡Oh!.. Primo muy remoto! (*Con viveza.*) En mi vida le he visto, ni le conocia, ni...

Jul. Pero es un guapo muchacho... lo que menos me pensaba yo era que... vaya, vaya!... Siento en el alma mi inconsecuencia... le habeis tratado con tanto rigor, que se le saltan las lágrimas al pobre muchacho.

Cond. Como!... os compadeceis de él?

Jul. ¿Y por qué no? Hago lo que todas las demas, y la emperatriz misma, que se interesan por él, y por que su causa tenga un éxito feliz.

Cond. ¿Es posible?

Jul. Ya se ve; otros habrá mas malos. Porque en fin, como decia S. M., se vé que ahí existe amor... amor verdadero... y en lo único que ha procedido mal, es en decírselo á todo el mundo... pero no es culpa suya, sino que...

Cond. Basta, baronesa. Os suplico que en adelante no me volvais á hablar de una aventura que me incomoda, y que hiere mi pundonor. Jamas perdonaré que á mi pesar me hayan dado en ella un papel que no podia, y sin el cual me hubiera ahorrado un disgusto de esta naturaleza. (*Julia saluda á la condesa, y sale con su marido por la derecha en el momento que Potemkin llega por el lado opuesto.*)

ESCENA VII.

POTEMKIN; LA CONDESA.

Pot. ¡Ah!... sois vos, Condesa? (*Entra bruscamente y vé á la condesa.*)

Cond. Salgo de la iglesia, y iba á casa antes de ver á la emperatriz... pero qué aire tan sombrío teneis!...

Pot. Estoy de mal humor.

Cond. Y yo tambien... con todo el mundo.

Pot. Y yo con vos.

Cond. Por eso me honrais con un tratamiento tan respetuoso, y me hablais de vos, como en la corte.

Pot. Carolina.... Sabes que no me gustan las chanzas, cuando estoy de mal humor.

Cond. ¿Pero qué teneis?

Pot. Qué peticion es esa que me habeis dirigido, y que me recomendais con tantas instancias?— Esa plaza de secretario?... Ese polaco... Ladislao?

Cond. Sí; ya os referiré como me he interesado...

Pot. ¡Ah!... os interesa decis?... No sabeis que ese joven os ama, y que su amor no es ya un secreto para nadie, sino para vos, por quien ha abandonado su estado y su patria, por quien ha venido á san Petersburgo.

Cond. Sí; demasiado lo sé. (*Impaciente.*)

Pot. Lo sabeis, y me lo recomendais?

Cond. Ya no os lo recomiendo.

Pot. A buena hora... Cuando ya os ha comprometido su locura: sí; porque me he informado inmediatamente... Es el mismo que en Varsovia, por bailar con vos, recibió del conde Orlot, una herida que le ha tenido á la muerte.

Cond. ¡Ah!... Yo no sabia que habia peligrado tanto su existencia! (*Conmovida.*)

Pot. ¿Y qué nos importa todo eso? Ahora no se trata de él, ni de su existencia... se trata de vos.

Cond. Quereis hacerme responsable de sus extravagancias? Acaso está en mi mano el evitarlas?... Creed que estoy tan incomodada como vos.

Pot. ¿De veras?

Cond. De veras: Y esa pasion de la que todo el mundo se cree autorizado á hablarme, ese amor que es ahora una notabilidad, lo ignoraba yo unicamente; si no fuera asi, me hubiera guardado muy bien de dirijiros una peticion, que retracto, que desapruero, y que os suplico rompais.

Pot. En hora buena: y por supuesto me prometes que ese joven no obtendrá jamas una mirada tuya?

Cond. Qué ocurrencia! (*Sonriendo.*)

Pot. Ni una esperanza?...

Cond. Pero por qué podeis suponer que?...

Pot. ¡Ah... Es que las mugeres sois muy reconocidas....

Cond. Me parece que he despreciado otros obsequios mas seductores.... he visto con indiferencia á mis pies á el soberano de la Rusia... casi al Czar.—Al amante de Catalina...

Pot. Cállate, cállate; no me recuerdes aquellos dias de fiebre y de delirio, en que estuve espuesto á derribar mi fortuna. Es mi única falta en política, y tú la causaste.

Cond. Yo?

Pot. Sí; á nadie en la tierra he amado sino á tí... á tí, á quien he educado como hija... y si no me hubieras llamado á la razon... el amor de una Reina, el trono de la Rusia, todo, todo lo hubiera sacrificado por solo una mirada tuya.

Cond. Ese dia hubiera sido muy hermoso para vos. (*Sonriéndose.*)

Pot. ¡Ah!.. Sí... muy hermoso!

Cond. Pero.—Y el siguiente?

Pot. El siguiente?... No lo sé... piensa uno en él cuando ama?

Cond. Pero creéis que habeis estado enamorado?

Pot. Lo hubiera jurado... y aun ahora...

Cond. ¡Qué error!... vos no sereis nunca mas que un ambicioso, y yo vuestra amiga, vuestra sobrina, vuestra hija.... Todo el mundo os teme, os respeta ú os admira... es preciso que exista una persona que os ame... y esa persona seré yo.

Pot. Sí, tienes razon: Necesito una amiga que me consuele. Esclavo de un monarca, me inciensan, me envidian; y no gozo un momento de felicidad; ni repo-

so. Sí, creeme: esta pesada carga que llaman poder, ese envidiado destino, se le he deseado mas de una vez á mis enemigos.

Cond. Vos, favorito de Catalina, nuestra magnánima emperatriz.

Pot. Sí; magnánima emperatriz para todo el mundo... ¡pero para mí!.. Dueña de un vasto imperio, sus caprichos son mayores que su poder... Yo solo soy testigo, y la víctima de ese despotismo interior, de esos reales antojos hijos de una imaginacion delirante... A los ojos de la Europa, es la razon, la filosofía sobre el trono... y Voltaire la llama un sabio!.. Ah!.. si el estuviese en mi lugar ya sabria á qué atenerse.

Cond. ¿De veras? (*Riendo.*)

Pot. Y no puedo pensar en ello un momento, sin estremecerme... me acuerdo que un dia avergonzado de mí mismo, y de los hierros que me esclavizaban, quise romperlos; y en un trasporte de cólera, levanté el brazo para herir...

Cond. Cielos!

Pot. ¿Que he dicho?.. Todo te lo confio, Carolina... y acaso hago mas... si me vendieses!..

Cond. ¡Desconfiar de mí!

Pot. No, de tí no: pero estás rodeada de cortesanos que te adoran... podrias amarlos... confiarlos mi secreto... abandonarme!.. no... no amarás á nadie, ni te casarás... yo lo quiero... ó de lo contrario...

Cond. De lo contrario... el Knout, la Siberia.

Pot. Sí, tengo poder para todo... y desgraciados de ellos!.. desgraciada de tí!

Cond. Perfectísimamente!.. Qué galanteria... qué amabilidad!.. Me admira, Potemkin, que vuestro carácter reuna á la vez las cualidades y los defectos mas opuestos! Se parece en un todo al imperio ruso: vos le sosteneis, sois su imágen viviente; y ambos estais en el estado de civilizacion y barbarie. Reunis algo de asiático, de europeo, de tártaro y de cosaco! La prueba mas convincente es la declaracion que acabais de hacerme.

Pot. Perdóname!

Cond. Y á la que voy á responder con una protesta no menos enérgica... Vivo con vos, querido tio, y proba-

blemente viviré siempre, porque tal es mi voluntad, y porque tengo en ello un grandísimo placer; pero no por eso os he entregado mi libertad, como vos habeis entregado la vuestra á Catalina; y declaro aqui al vencedor de Oczakof, al príncipe Potemkin, al primer ministro, al generalísimo de los ejércitos, que á pesar de su autoridad, y su poder, si me pareciera bien amar á algunos...

Pot. Ah!.. Ya sé por qué dices eso. (*Con viveza.*)

Cond. No tal... Hablo en general.

Pot. Pero piensas en ese joven... en Ladislao.

Cond. ¡Jesus!.. Ya le habia olvidado. Parece que os tomáis el trabajo de recordármele.

Pot. No; no... es necesario que parta para que yo viva tranquilo. ¿Qué dices? (*Mirandola.*)

Cond. Como queráis.

Pot. No será malo enviarle (*Mirandola.*) un poco lejos... á la Siberia, por ejemplo.

Cond. Cielos!.. Pensáis... (*Horrorizada.*)

Pot. No debo castigar su insolencia... y vengar tus injurias?

Cond. Os doy mil gracias... pero eso me parece un poco severo. Si castigamos de ese modo á los que nos quieren, ¿qué reservamos para los demas?

Pot. Cuando yo lo decia... Esos son los crímenes que siempre perdonais.

Cond. No... con tal que se aleje... dicen que mañana salen tropas para Astrakam... y le diéseis el mando de una compañía en un regimiento de esos... manifestad que sois clemente al que ha querido ultrajarnos. Cuando nos ofende un enemigo, debemos vengarnos de ese modo; y asi le obligamos á que nos ame en el fondo de su alma.

Pot. Teneis razon... Esa es la venganza de un príncipe...

Cond. No: la venganza de una muger.

Pot. Sí, la venganza de una muger. Pero una compañía es muy poco... se le confiará un regimiento.

Cond. Bien... Pro ponedle á la (*Tomándole la mano.*) emperatriz.

Pot. (*Despues de un instante de silencio.*) Mejor quisiera que esta petición fuese hecha por tí. Catalina y sus damas verian entonces, que tu misma le alejas de

aquí... que le destierras de san Petersburgo.

Cond. No lo creo necesario... pero supuesto que lo que-
reis así, voy á tomar la pluma para desterrar á La-
dislao... teneis todavia sospechas?

Pot. No tengo mas (*Besándola la mano.*) que agrade-
cimiento. (*La acompaña. La condesa sale por la de-
recha.*)

ESCENA VIII.

POTEMKIN, despues LADISLAO que entra por la derecha.

Pot. Ahora, gracias á Dios, creo que los asuntos de mi
jóven polaco marchan mal.

Lad. Ah!.. Al fin os he hallado! (*Viendo á Potemkin.*)

Pot. No me incomoda este encuentro. (*Aparte riendo.*)

Lad. Sabeis, querido amigo, que habeis andado suma-
mente indiscreto?

Pot. ¿En qué?

Lad. ¿Cómo en qué? Depositó en vos mi confianza por
que os miro como á un amigo... os hablo de lo que
mas me interesa; os refiero mis proyectos, mis espe-
ranzas... y vais á contárselas á todo el mundo?

Pot. ¡Yo!

Lad. Por lo menos debeis haber hablado de ello con al-
gunas personas de la corte, porque ha llegado hasta
los oídos de Catalina, que sabe todos los detalles co-
mo yo mismo.

Pot. En efecto, se lo he confiado á uno ó dos amigos...

Lad. Veis lo que yo decia?.. Si esas gentes no pueden
callar... Y sabeis el efecto que ha producido vuestra
indiscrecion?.. Mis negocios marchaban á las mil ma-
ravillas, habia sido bien recibido de la condesa, que
no sospechaba nada, iba ya á conseguir la plaza que
tanto he deseado... y todo se lo lleva la trampa.

Pot. Lo siento en el alma.

Lad. Así lo creo... vos no habeis procedido de mala fe...
pero el resultado es que la condesa me ha arrojado
de su presencia.

Pot. ¿De veras?

Lad. Y me ha prohibido el que me vuelva á presentar
á su vista.

Pot. Estareis desesperado?

Lad. Sí, lo he estado: pero ahora estoy loco de contento; porque, gracias á este incidente, mis asuntos marchan mejor que nunca.

Pot. ¿Qué decis? Pues cómo es eso?

Lad. Punto en boca: no me pillarán dos veces; yo he podido confiaros mis proyectos; eso á nadie perjudicaba mas que á mí, y no podia comprometerla... pero ahora ya es muy distinto.

Pot. ¿Pues qué hay? Teneis esperanza?.. (*Con inquietud.*)

Lad. Tal vez...

Pot. Habeis obtenido?..

Lad. No os digo ni una palabra; me habeis dado una leccion, y quiero aprovecharme de ella... no por eso os tengo ojeriza... al contrario.. y para probároslo decidme, querido amigo, cómo os llamais?

Pot. Yo... mi nombre... (*Con embarazo.*)

Lad. Podeis decírmelo... vos que lo charlais todo...

Pot. Mi nombre es... Gregorio.

Lad. Militar... segun veo?

Pot. Poco mas ó menos... sub-intendente en las conducciones de ejército.

Lad. Pues bien, mi querido Gregorio, vois sois sub-intendente: para probaros que no os conservo rencor, si puedo seros útil, si por el favor de la condesa Braniska puedo haceros nombrar intendente en jefe... contad conmigo... No os digo mas... y con el tiempo vereis que no olvido á mis amigos.

Pot. Una palabra solamente... (*Impaciente.*)

Lad. Con la condicion de que (*Con viveza.*) lo ocurrido os servirá de leccion, y que en adelante seréis mas discreto...

Pot. Por san Nicolas !.. (*Colérico.*)

Lad. Y para empezar, hacedme el favor de largaros, porque viene por ahí, y tengo que hablarla.

Pot. ¿Vos?

Lad. Yo, sí... marchaos.

Pot. Esto ya es demasiado... y (*Aparte.*) quiero saber á toda costa... en qué consiste... (*Se va por el bosque de la izquierda.*)

ESCENA IX.

LA CONDESA , LADISLAO.

La condesa entra distraida por la derecha; levanta los ojos y ve á Ladislao.

Cond. Vos aquí, caballero?.. os atreveis aun?..

Lad. Perdonadme... Sé que me habeis prohibido hablaros públicamente, pero ahora no hay nadie aquí; estamos solos, y he aprovechado este feliz momento para daros las gracias.

Cond. ¿Y de qué?

Lad. De las órdenes que os habeis dignado prescribirme, y que ejecutaré aunque sea á costa de toda mi sangre. Me habeis recomendado el silencio y la discrecion, y podeis estar segura de que seré fiel á vuestro mandato. No hubiera intentado veros ni hablaros si la delicadeza me permitiese callar en este instante... pero bien conocéis que eso no es posible.

Cond. ¿Qué significa todo esto?

Lad. En vano intentais negarlo, porque he leído la carta que habeis dirigido á mi casa, con la que han llegado dos hermosos caballos y un equipaje magnífico.

Cond. ¿Es posible?

Lad. ¡Ah! no quereis confesarlo... tendreis vuestras razones... sé que sois rica, que sois una gran señora, y yo nada mas que un desgraciado que os ama... pero creéis que amo vuestros títulos, vuestras riquezas, vuestro rango?.. no; vivis engañada... á vos sola es á quien idolatro.

Cond. ¿Caballero, quereis escucharme?

Lad. Perdonadme si os ofendo: no necesitaba para ser feliz mas que las palabras que habeis escrito, y que yo he cubierto de besos... para qué queria mas tesoro que ese?.. y si os hubiérais dignado dejármelo, si no os hubiérais empeñado en arrebatármelo...

Cond. ¿Cómo?.. Dónde está ese billete?.. quiero verlo.

Lad. Bien sabeis que ya no existe... me encargábais que lo quemase en el momento, y aunque me ha cos-

tado hacer un sacrificio he obedecido como obedeceré siempre.

Cond. ¿Y qué decia?

Lad. ¿Lo habeis olvidado ya?

Cond. No... pero quiero saber...

Lad. Impreso existe en mi corazon... Sí, señora... está aqui y solo la muerte podrá borrarle... escuchad.=
«Vuestra imprudencia ha estado á pique de comprometerme... me ha sido preciso mandaros salir... no intentéis verme ni hablarme en público: esperad mis órdenes: silencio y discrecion. Quemad inmediatamente este billete.»

Cond. Esa es una infamia! Caballero, (*Conmovida.*) aquí existe una trama de la que somos el juguete; porque aseguro que yo no os he dirigido ni los regalos, ni el billete de que me estais hablando.

Lad. ¿Qué decis?

Cond. La pura verdad.

Lad. Ah!.. Os arrepentis ya de haber causado mi felicidad, ó desconfiáis de mi discrecion?.. Quién sino vos pudiera escribirme asi?.. Existe acaso otra muger á quien yo haya dirigido mis súplicas, á quien yo ame.

Cond. Caballero... quisiera... descaria (*Conmovida.*) no afligiros... pero no puedo dejaros en un error.

Lad. ¡Un error!.. Es imposible!.. me habláis en chanza... es una prueba... quereis burlaros de mí.

Cond. Ah!.. eso seria infame!.. y si es preciso jurar aquí mismo...

Lad. No... no acabéis... (*Sosteniéndose apenas.*) Si eso es asi, señora, vale mas que me mateis antes de decírmelo... porque no podré sobrevivir á semejante desgracia. Si supiérais lo que es pasar de un extremo de felicidad á otro de desesperacion, el infierno que es soñar con vuestro amor, y despertar con vuestro odio!

Cond. Mi odio... no tal... yo no puedo mas que compadeceros... perdonaros tal vez... ó deseáros al menos una suerte mas feliz. (*Viendo entrar un oficial que la entrega un papel.*) Mirad la prueba está en este papel, ahí teneis lo que he pedido y obtenido para vos. (*El oficial presenta el papel á Ladislao, despues se va á una seña de la condesa.*)

Tomad, caballero, esa es mi respuesta; y esa podeis creerla; porque es mia. A Dios... voy á palacio. (*Le saluda y se va; Ladislao quiere seguirla ella le hace seña que se quede, le muestra de nuevo el papel y sale por la izquierda del fondo, dirigiéndole una mirada de compasion.*)

ESCENA X.

LADISLAO, POTESKIN.

Ladislao inmóvil y abismado conserva en la mano el papel que la condesa acaba de darle; Potemkin sale del bosque por la izquierda.

Pot. Ah... ah!... que cosa tan singular! (*Riendo.*)

Lad. Como!.. sois vos? (*Saliendo bruscamente de su abatimiento.*) Estabais ahí?

Pot. Acabo de llegar, y he oido sin querer parte de vuestra conversacion.

Lad. ¿De veras?.. sois un indiscreto, querido amigo, y ese es un defecto.

Pot. Vamos, leed el papelito. (*Señalando el papel.*)

Lad. Poco á poco... no me gusta que (*Enfadado.*) nadie se burle de mí... ella pase... pero otro...

Pot. ¿Y por qué desanimarse? Tal vez os incomode menos de lo que pensais.

Lad. Un despacho!.. (*Despues que ha abierto y mirado el papel.*) me confian el mando de un regimiento... á mí... pues acaso lo he pedido? un regimiento que debe partir.

Pot. Esa circunstancia no es muy agradable.

Lad. ¡Cielos!.. (*Volviendo con mal humor la primer hoja y tomando de entre las dos hojas del despacho un papelito que lee.*) antes de partir... una cita... esta tarde...

Pot. Como!.. ¿Qué es eso? (*Vivamente.*)

Lad. Nada... no es nada; no he dicho nada. (*Lo mismo.*)

Pot. Si por cierto.

Lad. Yo... No tal!

Pot. Habeis hablado de una cita.

Lad. ¡Silencio! Si se me ha escapado esa palabra, ca-

llaos.. va en ello mi vida y la vuestra... sí, amigo mio, si... una cita.

Pot. Donde? A qué hora?

Lad. Eso es lo que no sabreis, ni nadie en este mundo.... primero me matarian. (*Rompe el billete.*)

Pot. ¿Qué haccis?

Lad. Le rompo; me lo han mandado.

Pot. (*Colérico.*) Y yo... caballero... Qué iba (*Conteniéndose.*) yo á hacer?... á hablar como príncipe; para no saber nada... (*Alto y esforzándose para reir.*) A la verdad que esto es delicioso.

Lad. No es verdad que sí? (*Muy contento.*) todo sobre el modo con que me sucede todo esto... tratarme con tanta frialdad en la apariencia, para añadir por medio de la sorpresa un nuevo precio á esta dicha... si yo debia haberlo dudado... porque ahora me miraba mucho menos severa que esta mañana. Cuando se ha ido, estaba su voz conmovida...

Pot. ¿De veras? (*Colérico.*)

Lad. Sus miradas tenian una espresion...

Pot. ¿De veras? (*Id.*)

Lad. Y en toda ella se notaba una turbacion, que queria y no podia ocultar á mis ojos... vos no habeis podido repararlo como yo...

Pot. Efectivamente: y veo que ya está asegurada vuestra felicidad.

Lad. Aun no... no hay seguridad de que...

Pot. ¿Cómo?

Lad. Ignora si estará libre y podrá recibirme; si lo está será advertido por un convite al baile de la Reina... un convite impreso, que debo encontrar en mi casa... al cabo sabré lo que quiere decir todo esto: voy corriendo á mi casa, á buscar el billete ó á esperarle... y si le encuentro podeis estar ya seguro, mi querido Gregorio, de vuestra plaza... desde mañana sereis intèndente en gefe... intèndente general, os lo prometo; pero ¡cuidado! mucho silencio; os interesa tanto como á mi... entendeis?... A Dios... á Dios... ¡Soy el mas feliz de todos los hombres!

ESCENA XI.

POTEMKIN, DESPUES LA CONDESA.

Pot. Yo me vengaré de una falsedad tan infame!.. (*vien- do á la condesa que entra por la izquierda del fondo.*)

Ella es, viene de palacio. Venis (*A la condesa.*) de ver á Catalina?

Cond. Que ha estado muy graciosa ; y no me ha habla- do mas que del baile de esta noche.

Pot. Y... pensais asistir á ese bayle ? (*Procurando mo- derarse.*)

Cond. Sí por cierto.

Pot. Y si yo os sirvo de caballero, si no os dejo en to- da la noche, no os fastidiareis?

Cond. Al contrario, tendré un gran placer en ello.

Pot. ¿De veras?

Cond. Tanto mas cuanto que no contaba...

Pot. Carolina... Creeis (*Arrebatado de furor.*) que se me engaña impunemente? Creeis que yo he de ser el juguete de una muger?.. Lo que la misma Catalina no se hubiera atrevido á hacer, vos lo habeis intentado.

Cond. Yo!

Pot. No sabeis que el destierro ó la muerte ha sido el castigo de traiciones menos odiosas que la vuestra?

Cond. ¡Dios mio! Potemkin, qué nuevo acceso de galan- teria! Quién ha podido inspiraros ese madrigal tár- taro?

Pot. No espereis abusar de mi credulidad: vos amais á ese joven... á ese Ladislao... sí, le amais... y si no lo supiere, me bastaria observar vuestra turbacion para adivinarlo.

Cond. Y como no me he de tubar al ver reproducirse las mas absurdas sospechas? al escuchar resonar ince- santemente en mi oido un nombre que me era indife- te, y que ya me es odioso? Sí, conozco que es una injusticia... pero detesto ahora horribilmente á ese pobre joven.

Lad. Me estás engañando... bien lo sabes. Escucha, Ca- rolina: ya sabes que tengo momentos en que soy ge- neroso... son muy rápidos... y asi es preciso aprove-

charse de ellos. Dime la verdad; dime que á pesar tuyo no has podido evitarlo... dime que le amas.

Cond. Pero, señor, si digo que no. (*Impaciente.*)

Pot. Confíesalo; y dulcificaré el castigo; no haré rodar su cabeza.

Cond. Yo no puedo confesar lo que no existe.

Pot. Está bien: acabas de pronunciar su sentencia... porque lo sé todo, y tengo pruebas fidedignas... tú le has escrito.. tú le has dado una cita para esta noche..

Cond. ¿Yo?

Pot. Y la señal convenida para esta cita, es un billete de baile... un convite que debes mandarle.

Cond. Pero, señor, todo el mundo disparata: (*Fuera de si.*) todo el mundo ha perdido aquí la cabeza.

ESCENA XII.

POTEMKIN, LA CONDESA, RIELOF.

Rie. Señora condesa, os traigo el billete que me habeis pedido para el baile de la corte?

Cond. ¡Cielos!

Pot. Como!.. un convite...

Rie. Que esta señorita quiere mandar á un...

Cond. Sí, á un sugeto de la embajada francesa... (*Con viveza.*) Monsieur de Verneuil, á quien se lo he prometido... él os lo dirá...

Pot. Tratais de engañarme... (*Despues que ha tomado el billete.*) pero yo sé lo que he de hacer, y os prometo que Ladislao no tendrá este billete.

Rie. No lo necesita... ya tiene uno.

Pot. ¿Qué decis?

Rie. Que vengo de llevárselo yo mismo: por cierto que me ha costado bastante trabajo encontrar su casa... vive en una callejuela á orillas del Newa.

Cond. Lo ois? Crecreis aun que le he dado yo esa cita. (*Bajo á Potemkin.*)

Pot. Tal vez... mientras yo no sepa quien se lo ha dado. (*Lo mismo.*)

Cond. (*Lo mismo.*) El lo dirá. (*Alto á Rielof.*) Señor baron, y ese billete ha sido dirigido de mi parte á Ladislao?

Rie. No señora, vos no me habeis hablado de él...

Cond. Pues entonces, quién os ha encargado que se lo lleveis?

Rie. Mi muger.

Pot. y Cond. ¿Su muger?

Rie. Y con muchísimas instancias. De modo que ha sido preciso que fuera yo mismo, para estar seguro que el billete no se estraviaria, y le seria entregado á tiempo... Oh! Las mugeres son admirables para ocuparse de los detalles!

Cond. Qué!.. esa muger!.. Infamia! (*Con despecho.*)

Pot. Al contrario, (*Riendo bajo á la condesa.*) debes alegrarte porque asi se aclara todo. ¡Pobre hombre! (*Mirando á Rielof.*)

Cond. Y qué, no le advertis que?..

Pot. ¿A qué santo?

Cond. Cómo, señor, permitireis que Ladislao?..

Pot. Y qué nos importa á nosotros?.. (*A media voz.*)

No digais una palabra mas... ó creeré...

Cond. ¿El qué? (*Con altivez.*)

Pot. ¡Silencio!.. Que viene aquí.

ESCENA XIII.

Los mismos. *Ladislao entra por la derecha con un papel en la mano, sale sin ver á la condesa y se va á hablar Potemkin.*

Lad. Soy feliz, amigo mio. He encontrado en mi casa el billete: acababan de llevarle.

Pot. Perfectamente: y el amor os proporciona esta noche la felicidad.

Lad. Calla! que está aquí! no la habia visto... (*Viendo á la condesa.*) qué hermosa es!..

Cond. Con qué audacia me mira; me voy (*Aparte.*) porque me irrita su presencia.

Rie. Me permitireis (*Viendo que va á marchar.*) que os acompañe, señora condesa. (*Se van: Rielof la da el brazo.*)

Lad. Ay!.. que me ha hecho (*Saltando de contento.*) una seña!

Pot. Cómo!

Lad. Sí, lo he visto perfectamente... una mirada tan tierna, tan espresiva... la he entendido al instante, y ya queda todo arreglado. ¿No os alegráis como yo, amigo mio?... Vuestra fortuna va unida á la mia: cuanto mas crezca yo, mas os estiráis vos... Pero voy, voy corriendo... No sosiego hasta que llegue la noche... Ah!.. cuidado!.. no digais una palabra á nadie... os lo vuelvo á encargar... A Dios, querido Gregorio... contad siempre con mi proteccion. (*Váse saltando y cantando.*)

Pot. ¡Pobre loco!

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa la habitacion de la condesa en el palacio de Potemkin. Puerta en el fondo , dos mas laterales. Una mesa á la derecha un poco avanzada.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA sola sentada junto á la mesa ; tiene un libro en la mano , el cual no lee.

Cond. Ya está bastante entrada la mañana... no he podido dormir nada absolutamente... siento una inquietud... Potemkin se empeña en persuadirme que esa intriga endiablada no nos interesa... pero basta que mi nombre esté mezclado en ella , para temer un compromiso... Si ayer noche hubiera visto en el baile á la de Rielof , la hubiera dicho que ya eran conocidos sus proyectos , y que por lo tanto debia renunciar á ellos... pero nada... no la ví en toda la noche , ni tampoco á ese Ladislao... Recibe un convite de baile , y no asiste á él... Claro está... la habian convenido entre los dos ; estaban de acuerdo... pero qué me importa á mi todo eso ? Lo esencial es sustraer al señor de Rielof al complót que le amenaza , y del que no puedo hacerme cómplice , á pesar de lo que diga Potemkin... Le advertí por segunda mano que estubiese alerta , pues se decia que varios malhechores querian introducirse en la casa del gran tesorero , validos del desórden que reinaria en el baile... esto no comprometia á nadie y destruia sus proyectos... creí hacer un favor , y me equivoqué... El señor de Rielof , que es el hombre mas necio que he visto en mi vida , responde que me da las gracias... y que puedo tranquilizarme , porque ha pedido un piquete de guardias , que estarán con el fusil cargado con bala y el arma al brazo toda la noche , y harán fuego á cualquiera que intente penetrar en su casa... Si ese jóven se presenta... si es herido... si le matan , yo seré la causa... Por qué me he metido yo en lo que no me interesaba , y he avisado á ese Rielof?... bien merecido lo tiene... no , no

quiero decir eso... y con tal que no le haya sucedido nada, me daré por satisfecha... En adelante prometo no pensar en él, ni en nadie; porque despues de lo que he visto ayer... (*Aparecen dos criados.*)

Criado 1.º El caballero Ladislao. (*Anunciando.*)

Cond. ¡Ah! (*Dando un grito.*)

Criado 1.º Quiere hablar á la señora condesa.

Cond. Ladislao?... estais seguro?... Le habeis visto vos mismo? (*Conmovida.*)

Criado 1.º Ahí fuera está.

Cond. ¡Qué atrevimiento!... Y qué me quiere? Con qué derecho se atreve á presentarse aqui á estas horas?

Criado 1.º Dice que la señora condesa le invitó ayer á desayunarse.

Cond. ¡Yo!... Qué desatino! (*Estupefacta.*) Bueno... Qué entre... (*El criado 1.º se va.*) Le trataré como él se merece... yo le enseñaré... Ah!... Dios mío!... y mi tío que va á venir... y si le encuentra aqui despues de sus sospechas... No, no, decidle que no puedo... (*Al segundo criado que ha quedado en la puerta.*) que no quiero recibirle... que espero al príncipe Potemkin... y que le mando... (*Se va el segundo criado.*) Ah!... Ya le oigo!... es él! (*Se va corriendo por la puerta derecha.*)

ESCENA II.

El criado primero, LADISLAO conducido por el segundo, por la puerta del fondo.

Lad. Ya sabia yo que ella me esperaba... (*Hablando con el segundo criado.*) gracias muchacho...

Criado 1.º No, no, caballero, mi señora no puede recibirnos.

Lad. Qué... qué decís? (*Arrastrando un sillón y sentándose en él.*)

Criado 1.º Que no puede recibirnos.

Lad. ¿Ahora?... Ah!... Pues decidle que no importa... esperaré... que ya sabe que estoy á sus órdenes, como siempre.

Criado 1.º Caballero, no me entendeis. La señora condesa me ha encargado que os diga no puede recibirnos...

porque espera de un momento á otro á su señor tío, el príncipe Potemkin, nuestro amo.

Lad. Si os entiendo perfectamente... (*Aparte.*) No quiere que me vea... Y no (*Alto.*) puede venir hasta que se marche? Bien, pues esperaré... no, no me impaciento por eso... Harás que nos sirvan el desayuno en cuanto se marche el príncipe... entiendes?

Criado 1.º Vaya! que tiene gracia. (*Aparte.*) El señor es algun amigo ó pariente de su alteza? (*Alto.*)

Lad. Sí, sobre poco mas ó menos... toma (*Sonriendo.*) para que refresques...

Criado 1.º Ah!! Entonces ya es otra cosa.

Lad. Puedes marcharte. (*Con dignidad.*)

Criado 1.º Muy bien. (*Vase.*)

ESCENA III.

LADISLAO solo, despues POTEMKIN.

Lad. Pues señor, esperaré... (*Se quita el sombrero y la espada y lo pone sobre la mesa.*) Estoy en su casa!... y con su licencia... ó mas bien por su mandato. (*Mirando al rededor.*) He aqui el gabinete que habita... (*Se acerca á la mesa.*) Aquí estan sus bordados... sus dibujos... el lapiz que han tocado sus manos de alabastro. (*Le besa.*) El secreto que posee vivirá eternamente en mi corazon, y nadie en la tierra podrá arrancármelo... No hace nada que la felicidad que gozo, se me figuraba una ilusion quimérica, y todo lo que mi imaginacion veia en sueños, lo encuentro realizado al despertar... Estoy pisando el mismo suelo que ha ollado su planta, tocando los objetos que sus manos han tocado, respirando el aire que respira... y dentro de un instante contemplaré su hermosura... Ah! también mata la felicidad... No sé si mi alma tendrá fuerzas para gozarla. (*Queda sentado en el sillón, estiendo las piernas, deja caer la cabeza sobre el pecho, y permanece abismado en sus reflexiones. En este momento sale Potemkin por la puerta de la izquierda, como acabado de levantar de la cama, se adelanta, y queda estupefacto viendo á Ladislao sentado en el sillón de la condesa.*)

Pot. Qué veo?.. (estregándose los ojos.)

Lad. Ah!... Sois vos, (Volviendo ligeramente la cabeza y sin mudar de posicion.) querido amigo?.. Por donde diablos habeis entrado?.. Quién os ha dado licencia para penetrar hasta aqui?

Pot. Justamente iba yo á dirigiros esa misma pregunta.

Lad. Bien podeis escusarla... porque no os he de contestar á ella...

Pot. Como os encuentro instalado en este gabinete lo mismo que si estubierais en vuestra casa...

Lad. Os sorprendeis, no es eso?.. Pero no habéis muy alto, porque tengo miedo de despertarme... ¡Pobre Gregorio! Vamos, ya veo que habeis recibido esta mañana la esquelita que os he enviado en la que os suPLICABA, que os pasaseis al instante por mi casa.

Pot. Sí, sí; es verdad.. (Déspués de dudar un momento.)

Lad. ¿Y venis á buscarme hasta (Sonriéndose.) aqui mismo?.. ¡qué diablo!.. querido, eso no me conviene, y si quereis que os confiese la verdad, habeis andado un poco indiscreto... os lo he dicho... teneis ese defecto, y nunca os corregireis de él... Pero entre amigos puede pasar... Tengo muchas cosas que deciros.

Pot. ¿A mí?

Lad. Sentaos. (Presentándole una silla.)

Pot. El diablo me lleve si no creo que está haciendo (Aparte.) los honores.

Lad. Ya he pedido aquello que convenimos.

Pot. ¿El qué?

Lad. Vuestra plaza de intendente general de conducciones...

Pot. Vos? una plaza que depende directamente de la emperatriz ó de Potemkin!.. Si llegais á obtenerla! (Sonriendo.)

Lad. Aqui está... (Sacando un papel del bolsillo.) un Ayudante (Se levanta y da el papel á Potemkin.) de campo, fué é llevármela esta mañana.

Pot. Y á quien os habeis dirigido para este negocio...

Lad. No tengo necesidad de decíroslo.

Pot. Vamos, ya estoy... Habrá sido á la señora de Riclof...

Lad. Mi prima?... desde ayer no la he visto.

Pot. ¿De veras?

Lad. Os lo juro... Ni ella hubiera tenido bastante influjo... Si fuera la condesa Braniska.. (*A media voz.*)

Pot. Como... ella... y cuándo la habeis hablado?

Lad. Sois muy curioso. (*Sonriendo.*)

Pot. Ayer no pudo ser... ni hoy por la mañana...

Lad. Efectivamente.

Pot. Pues entonces, cuándo? (*Tratando de moderarse.*)

Lad. Y qué os importa á vos? (*Sonriendo.*) No sois ya intendente general?.. la condesa, á quien no se puede negar nada, habrá alcanzado el destino de Potemkin ó Catalina.

Pot. Sí, sí... de Catalina... (*Mirando el sello.*) este es su sello... la condesa no habrá dicho una palabra á sutio.

Lad. Y ha becho muy bien... (*Sonriendo.*) Ella tiene sus razones para...

Pot. ¿Sus razones?.. Y cuáles?

Lad. Me es absolutamente (*Mirándole de hito en hito.*) imposible confiáros las, y me veo en la precision de decirlos que os marcheis, porque la condesa va á venir á desayunarse conmigo.

Pot. ¿Aqui? (*Estupfacto.*)

Lad. Sí aqui... me ha suplicado que no me impaciente.. El príncipe Potemkin, á quien teme mucho, debe venir á visitarla.

Pot. Sí, es verdad.

Lad. Tal vez estará ahora en su compañía; no se hallará muy contenta y en cuanto le despida... (*Movimiento de Potemkin.*) Ya me entendeis, querido...

Pot. Me voy. Antes de herir (*Aparte.*) tratemos de conocer al que me engaña... Desgraciado de él! Poseo los medios de saberlo todo... A Dios (*Alto*) amigo, hasta mas ver. (*Vase.*)

Lad. Se va... perfectamente. (*Le saluda.*)

ESCENA IV.

LADISLAO, *despues* LA CONDESA.

Lad. El pobre hombre está atontado con su nueva fortuna... no sabe cómo indemnizarme... ah!.. le doy por indemnizado... he aqui lo único que apetezco.... he aquí mi felicidad.... mi condesa....

Cond. Cómo, todavía estais aqui, caballero?

Lad. De qué proviene vuestro temor? (*Con viveza.*)

¿Está ahí Potemkin? no se ha marchado aun?

Cond. Ahora no se trata de él, sino de vos, caballero: me sorprende vuestra audacia.

Lad. ¿Y por qué?... Yo no veo que exista ningun peligro; y aun cuando existiera, creéis que hubiera dudado un momento? Creéis que hubiera renunciado al desayuno con que os dignais obsequiarme?

Cond. ¡Al desayuno!!!!

Criado 1.º Señora, ya estais servida. (*A la puerta del fondo.*)

Lad. Está en palacio el príncipe? (*Al criado.*)

Criado 1.º No señor, acaba de salir. (*Inclinándose.*)

Lad. Está bien. (*Le hace seña de que se vaya y lo hace.*)

Cond. En verdad (*Mirándole sorprendida.*) que necesito llamar en mi auxilio toda mi razon, para cerciorarme de que estoy despierta.... os veo en este palacio dando órdenes...

Lad. Perdonadme... Bien sé que yo soy el que debe recibir las... pero ya sabéis que ese desayuno...

Cond. Es que debo deciros antes de todo, que no habeis recibido de mi ningun convite.

Lad. ¿Es posible?

Cond. Y tan posible.

Lad. Pues lo que es ahora, señora, puedo aseguraros que os equivocais... no que no hayais cambiado de idea; pero lo que sí os juraré, es que al separaros de mí me dijisteis muy bajito... «mañana... ireis á desayunaros?»

Cond. ¿Yo?

Lad. Pero en fin sea lo que fuere; por qué hemos de disputar ahora? Estamos reunidos que es lo mismo y....

Cond. No, señor, no es lo mismo... Tengo que pedir os varias esplicaciones sobre este asunto, y esijo de vos una franqueza sin límites.

Lad. Por ventura tengo yo algun pensamiento que no os pertenezca? Hablad.

Cond. Quiero saber, (*Se sienta y hace seña á Ladislao para que se siente. Ladislao toma una silla y se sienta á la izquierda de la condesa.*) cómo os habeis evadido de los peligros que amenazaban vuestros dias; peligros que yo he causado involuntariamente; bien á mi pesar... todos esos soldados armados que rodeaban la casa de tesorería...

Lad. La casa de Rielof? no; si ni siquiera me he acercado á ella; para qué habia de ir á donde no me esperaban...

Cond. Como!.. No os esperaban alli?

Lad. Para qué me lo preguntais si lo sabeis mejor que yo?

Cond. Mejor que vos?

Lad. Vamos, os lo recordaré. Dos hombres me vendaron los ojos sin querer decirme donde me conducian. Llegué á un pabellon de forma redonda, mal alumbrado por una lámpara de alabastro; y una bonita esclava griega, una camarera, me quitó mi venda, diciéndome... «Teneis miedo, hermoso caballero?—«Y de qué?—«Chiit... Jurad guardar el silencio mas profundo, y no pronunciar una sola palabra, aun cuando peligrase vuestra vida.»—Ya adivinais mi respuesta.—«Bueno,» me contestó entonces, «Venid, la condesa Braniska os espera.»

Cond. ¿ Es posible? (*Indignada.*)

Lad. Sí, señora. (*Levantándose.*)

Cond. Me ha nombrado!.. Ha osado pronunciar mi nombre!

Lad. Si ha hecho mal, (*Con viveza.*) si ha faltado á vuestras órdenes, no la riñais: no sea mi indiscrecion la causa de su castigo, porque yo solo soy el culpable... sé que debia haber callado... pero en adelante me callaré... no diré ni una sola palabra.

Cond. Sí, exijo que habéis, (*Con viveza.*) ó de lo contrario... Despues os diré lo que pienso, (*Reprimiéndose.*) y por qué razones sospecho la verdad.—Acabad, hacedme el favor de acabar vuestra narracion.

Lad. Y para qué? (*Sentándose.*)

Cond. Os lo suplico.

Lad. Pero me parece que no os diré nada que no sepais ya.

Cond. Quiero que sigais... lo exijo... Tan pronto habreis olvidado...

Lad. Oh! no señora... jamas... jamas se olvidan unos momentos tan dulces y tan crueles.

Cond. Tan crueles? (*Dudosa.*)

Lad. Ese silencio que me prescribisteis, y el que me ha sido imposible guardar, vos lo habeis observado: señora, habeis sido muy fiel.

Cond. Ah! Yo he guardado silencio!

Lad. A no ser cuando me digisteis al oído estas palabras: «Mañana me daré á conocer, y seré enteramente vuestra.»

Cond. Enteramente vuestra!! (*Con indignacion.*)

Lad. Vuestros labios (*Con viveza.*) lo han pronunciado... es una promesa que me habeis hecho; vengo á reclamarla, sea cual fuere mi suerte... sí... aun cuando deba espirar en los desiertos de la Siberia errante y proscrito, no me quejaré del Dios que me conduzca á la tumba, pues que me entrega bastante dicha para desafiar la adversidad, y gratos recuerdos para embellecer mi vida entera. (*Caee á sus pies.*)

Cond. Basta, caballero, basta. (*Levantándose.*) No quiero saber mas, ni prolongar el error que os ciega.

Lad. Un error!! (*Levantándose.*)

Cond. No he sido yo...

Lad. Ah!.. no... quereis engañarme... erais vos... sí erais vos... podría equivocarse un indiferente... pero yo! yo que os amo!.. yo que conocería hasta la huella de vuestras pisadas!

Cond. Os aseguro formalmente...

Lad. Creéis que no os conocí? creis que mi corazón ha podido engañarse?

Cond. Sí se ha engañado... (*Colérica.*) y esa es una infamia que no perdonaré jamás. Creed en los hombres, creed en la pureza, en la realidad de los sentimientos que abrigan por nosotras! He querido saber hasta qué punto han abusado de vuestro aturdimiento, de vuestra locura... y de mi nombre que han osado vilipendiar.

Lad. Vuestro nombre!.. (*Cortado.*)

Cond. Sí, de mi nombre: conozco al autor de esta traición, y os aseguro que no quedará impune... pero antes de todo mi honor exigia que os desengañase.

Lad. ¡Desengañarme! Ah! no me habéis así; antes que renunciar á la idea de mi felicidad, me daría mil veces la muerte. (*Fuera de sí.*)

Cond. Podeis hacer lo que gustéis. Os he confesado la verdad; y aun os diré mas. Este amor al que no podía sustraerme, y que me perseguía por todas partes, esta pasión cuya extravagancia vituperaba, pero que no podía menos de creer efectiva, me había conmovido, me había inspirado, á pesar mio, hácia vos un seu-

timiento de interes, de temor, de piedad... de amor tal vez... ó al menos hubiera podido tenérsle mas adelante... es muy probable... no lo sé... pero lo que sí sé, caballero, es que al presente y despues de examinada vuestra conducta, no me inspirais mas que indignacion, rabia, y aun aversion invencible! Sí, esta es la pura verdad; y la prueba es que hasta ahora os he ocultado por miramiento el nombre de la persona que ha usurpado el mio... pero al presente poco me importa el decíroslo... podeis correr á postraros á sus pies... á darle las gracias... pero no... quedaos, caballero, aqui la teneis, os dejo con ella. (*Vase por la puerta de la derecha.*)

Lad. ¡Mi prima! (*Volviéndose y viendo á Julia que entra por la derecha.*) Murieron mis esperanzas.

ESCENA V.

JULIA, LADISLAO.

Lad. ¡Dios mio!.. Dios mio! (*Cayendo en un sillón.*)

Jul. ¿Sois vos primo?.. Gracias á Dios!.. os andaba buscando. (*Viéndole.*)

Lad. Ah!.. Sois muy amable... (*Sentado siempre.*) Os doy las gracias. (*Tendiéndole la mano sin mirarla.*)
¡Prima mia! No debo reñirla. (*Aparte.*)

Jul. Temia no encontraros... (*Se informa de que no hay nadie. Escuchadme. Ladislao la mira en silencio.*)
¿Pero por qué me mirais así?

Lad. ¡Era ella!.. Ah! (*Aparte mirándola dolorosamente.*)
Es hermosa!.. y si no me persiguiesen otras ideas (*Despues de un suspiro.*) podria consolarme muy bien.

Jul. Primo, quereis escucharme? mirad que se trata de vos.

Lad. (*Con frialdad.*) Ya os escucho. ¡Es inconcebible (*Aparte mirándola siempre.*) cómo he podido engañarme hasta tal punto!

Jul. Vengo del palacio imperial, del salon de Catalina, donde ha entrado Potemkin con aire sombrío, ha hecho una seña al conde Bestutcheff, oficial de guardias, que estaba hablando conmigo, y le ha dicho varias palabras al oido muy agitado. En el momento me ha pinchado la curiosidad por saber de qué se trataba; se lo he preguntado al conde, jóven muy buen mozo, adorador mio, y que no se atreve á negarme

nada, y después de hacerse rogar un poco, me ha dicho: «Guardad el secreto. Es la orden de arrestar á un jóven polaco, un tal Ladislao, que está ahora mismo en el palacio de Potemkin; estoy encargado de su custodia. Dentro de una hora será metido en un kitchche... desde allí á la Siberia sin mas esplicaciones; y mañana ya nadie se acordará de él»... ¿Lo ois?

Lad. Bien.

Jul. Inmediatamente he venido á decíroslo, y á rogaros que huyais al instante.

Lad. Prima, os doy mil gracias (*Levantándose.*) por esta nueva prueba de aprecio, y no la agradezco menos que las demas que me habeis dado ya... pero no quiero aprovecharme de ella.

Jul. ¿Y por qué?

Lad. Porque estan equivocados, y porque desgraciadamente Potemkin no tiene ninguna razon para ser mi amigo ó mi enemigo... Si fuera el señor de Rielof, vuestro marido, no digo que no.

Jul. ¿Por qué?

Lad. Por razones... que vos sabeis.. y tambien... sí, sí, primita: no os asusteis, podeis estar segura de mi discrecion.

Jul. ¿Sobre qué?

Lad. Vamos, si os digo que lo sé todo: no puedo esplicaros cuan sensible me ha sido, prima mia... Con tal que no os comprometa ese modo de proceder...

Jul. ¿Comprometerme, primo?.. De qué estais hablando?

Lad. Toma!... De nuestra entrevista de esta noche pasada.

Jul. ¿Una entrevista conmigo?

Lad. ¡Tambien esta se admira! (*Admirado.*)

Jul. ¿Y dónde?

Lad. Si es preciso recordaros (*Impaciente.*) aquel pabellon guarnecido de vidrios todo al rededor... en medio de los jardines...

Jul. ¡Dios mio! Una lámpara de alabastro.

Lad. Precisamente.

Jul. Una esclava griega.

Lad. Eso es.

Jul. Que dijo por seña á vuestros conductores = Armida y Reinaldo?

Lad. Esa misma.

Jul. Y que en seguida os condujo al extremo de un corredor de mármol.

Lad. ¿Ya veis que sois vos?

Jul. ¡Ah! (*Dando un grito con viveza.*) Ya no hay duda!... Y ahora que me acuerdo... (*Aparte.*) eso es... El billete de baile que me mandó enviarle... la cólera de Potemkin... esta orden repentina... ya está todo explicado. Ah!.. primo mio!.. (*Alto acercándose á Ladislao.*) Qué felicidad para nosotros... Silencio!... (*Al gesto de Ladislao.*) Va en ello vuestra vida.

Lad. Cómo!.. cómo es eso! (*Admirado.*)

Jul. ¡Mi marido!

Lad. Ya! ya estoy... no debe saber nada.

ESCENA VI.

RIELOF, JULIA, LADISLAO.

Jul. Venid, señor, venid pronto. (*A Rielof.*)

Rie. ¡Jesus!.. qué conmovida estais?

Jul. No sin motivo... Aquí teneis á Ladislao, nuestro pariente, nuestro primo... es preciso salvarle.

Rie. ¿Yo?

Jul. Vos mismo, y no dudareis un momento cuando sepais lo que ha pasado hoy.

Lad. ¿Qué vais á hacer? (*Acercándose y haciéndole señas de que calle.*)

Jul. Voy á decírselo todo. (*Habla al oído á Rielof.*)

Lad. Cómo!.. va á decirle... (*Estupefacto.*)

Rie. ¿Es posible?.. Eso ya (*Muy contento.*) es otra cosa... (*Quitándose el sombrero con muchísimo respeto.*)
¡Querido primo!

Jul. ¡Silencio!.. Es un misterio para todo el mundo, aun para él mismo.

Rie. Entiendo. Pero (*Mirando á Ladislao.*) yo puedo ofrecerle siempre mis servicios.

Lad. Caballero!.. (*Impaciente.*)

Jul. Podeis aceptarlos... no se trata mas que de salir de este palacio. Está ahí vuestro coche?... vuestros criados?... (*A Rielof.*)

Rie. Sí; en el vestibulo hay un mougik...

Jul. Pues bien, que se ponga Ladislao su gorra y su casaca, que os siga con disimulo, que atraviese con vos los salones de palacio, y en cuanto pise la calle,

yo me encargo de sustraerle á la cólera de Potemkin.
Lad. Pero por qué es eso? (*Pasando entre Rielof y Julia.*)

Rie. ¡Chiiit!

Lad. ¿Qué motivo?... (*A Julia.*)

Jul. ¡Chiiit!

Lad. Desde ayer no oigo mas que Chiit, Chiit, por todas partes. (*Se pasea.*)

Jul. Voy corriendo á ver (*Acercándose á Rielof.*) á la emperatriz... No le digais (*Bajo.*) ni una palabra... porque de eso depende el éxito.

Rie. Haced cuenta que soy mudo... ¡Ah! qué felicidad! Su futura grandeza aumenta en grado eminente el esplendor de nuestra familia.

Jul. Si llega á ser favorito, lo seremos nosotros tambien; hoy subimos con él hasta el poder. (*Quedan hablando.*)

Lad. ¡Estoy soñando! De dónde procede su alegría; los dos esposos me tratan como á un amigo á quien profesan una amistad sin límites; y ese pobre marido no sospecha... ¡Cuántos habrá lo mismo!

Jul. Está tan obcecado que cree que soy yo la que...

Rie. Vamos, daos prisa... idos.

Jul. Voy... Si algun dia os acordais (*A Ladislao.*) de vuestros amigos, no olvidéis lo que hemos hecho por vos. (*Vase por el fondo. Rielof la acompaña hasta la puerta.*)

ESCENA VII.

RIELOF, LADISLAO.

Lad. Esto ya (*Aparte mientras Rielof acompaña á Julia.*) es demasiado... No creo se ha visto nunca que una muger encargue á su marido de la salvacion de su rival... Por muy adelantada que esté la civilizacion en Rusia, no creia yo nunca que llegase á tal grado.

Rie. Vámonos, querido, vámonos. (*A Ladislao.*)

Lad. No tal. (*Sentándose en un sillón.*)

Rit. Que se pasa la hora!.. y si Potemkin se apodera de vos... si os envia á la Siberia antes que podais reclamar... qué será de vos, de vuestra fortuna?.. no podéis ya ser útil á nuestra familia, que se encuentra comprometida y desolada...

Lad. ¿Desolada?... (*Impaciente.*) Vamos, no os aflijais... pobre primo...

Rie. No, no, querido; he prometido á mi muger salvaros, y os salvaré.

Lad. ¡Pues bien! no... no (*Levantándose.*) consentiré serlo por vos... Si acaso á vos os es indiferente, á mí no. Porque existe todavía en mi alma un fondo de probidad, ridícula tal vez, pero que me prohíbe aceptar vuestros servicios.

Rie. ¿Y por qué?

Lad. ¿Y vos me lo preguntais?... despues de la confesion que os ha hecho mi prima, despues que os ha confiado, que os ha referido todo...

Rie. Pues ya se ve que sí... todo me lo ha referido.

Lad. Entonces... es verdad (*Impaciente.*) que no hay nada que pueda alarmaros... porque esa entrevista... esa cita con ella...

Rie. ¿Con ella?... no hay tales carneros... estais muy equivocado. Atreverse á sospechar de mi muger... Poco á poco con eso, caballero...

Lad. Pues entonces, quién fué?... (*Con viveza.*)

Rie. ¿Quién fué?... Es verdad... lo ignorais, y no puedo decíroslo, porque me lo han prohibido. Pero lo que os aseguro, es que no ha sido mi muger... ¡Ah! La quiero yo mucho á mi Julia, y tengo en ella tanta confianza como en mí mismo, para que me haga una felonía... Además que yo no me he apartado de ella un momento.

Lad. ¿Estais bien seguro?

Rie. Sí: hemos pasado toda la noche en casa, y ha estado rondando al rededor de ella un piquete de dragones, para evitar que me robasen, segun se decia. Yo confio ciegamente en la virtud, cuando está guardada por el honor, y un piquete de caballería.

Lad. Con que de veras, (*Muy contento.*) no es ella?... Ah!.. querido amigo... permitidme daros un millon de gracias, permitidme que os abrace... porque estoy fuera de mí de contento.

Rie. Y yo tambien.

Lad. Esto renueva mis antiguas ideas... mis ideas de felicidad... y ahora ya entiendo... ya adivino...

Rie. ¿Lo adivinais? (*Riendo.*) Estais ya al cabo de la calle?

Lad. Pues no he de estar... Han desconfiado de mí y de mi discrecion, y han querido hacer recaer en otra unas sospechas, que ahora son realidades, porque ya sé quien es, ya lo sé.

Rie. ¡Chiiit! Silencio!... (*Con viveza.*) No olvidéis que yo no he dicho nada, y que he guardado el secreto. Vamos, ahora démonos prisa á salir de aqui.

Lad. No por cierto... (*Con viveza.*) Ahora concibo por qué me tiene rabia Potemkin, por qué ha dado la orden de arrestarme, y por qué me quiere mandar á la Siberia. Quería vengarse (*Aparte.*) de la cita con su sobrina... pero... y la Condesa?... Ah! Yo la escribiré. (*Alto.*) Partamos, primo. Me pondré la capa y el sombrero de vuestro criado, y saldremos de este palacio... vamos... venid... Ah! Qué feliz soy! Es ella!... ella misma. (*Vase él solo por el fondo.*)

Rie. ¡Jesus!... y que trabajo me ha costado... yo creí que ya no era tiempo. (*Va á salir.*) Cielos!... ¡Somos perdidos! ¡Potemkin! (*Mirando con admiracion.*) Pero! qué! calla! Le abraza Ladislao... el otro le contesta... le abraza tambien... y los dos se separan tan amigos? ¿qué quiere decir todo esto?

ESCENA VIII.

POTEMKIN aparece á la puerta del fondo con dos oficiales. RIELOF.

Pot. Apoderaos de ese joven (*Al primer oficial.*) que acaba de separarse de mí... le hallareis en el vestíbulo disfrazado con la librea del señor baron. (*Vase el oficial.*)

Rie. Yo... señor... quien ha podido deciros...

Pot. El mismo Ladislao, que me ha confiado su proyecto de fuga, y el generoso apoyo que le prestais.

Rie. Ha perdido la cabeza ese hombre. (*Aparte.*)

Pot. Dentro de un instante (*A Rielof.*) os daré las gracias, como igualmente á vuestra esposa.

Rie. Desdichados de nosotros.

Pot. Caballero, (*Al segundo oficial.*) os encargo que conduzcáis á Ladislao Randziski á la capilla de este palacio. Hareis venir un sacerdote, y dentro de un cuarto de hora...

ESCENA IX.

Los mismos, LA CONDESA saliendo de la puerta derecha.

Cond. ¡Cielos! (*Al oír las últimas palabras.*)

Pot. Me habeis entendido? (*Al oficial.*) Partid.

Cond. ¿A quién acabais de condenar? (*A Potemkin.*)

Rie. Al pobre Ladislao.... á mi primo.

Cond. ¡Ah! (*Dando un grito.*) es imposible: no es culpable.

Pot. ¿Qué sabeis vos? .

Cond. Señor, os lo juro. (*Juntando las manos.*)

Pot. Por qué os mezclais en lo que no os interesa? A qué venis aquí? Qué me quereis?

Cond. Lo que os quiero..... ¡Ah! (*Turbada mirando un papel que tiene en el cinturón.*) Esta carta para vos... esta carta de la emperatriz, que la señora de Rielof acaba de enviarme con un ayudante de campo.

Pot. La señora de Rielof. (*Colérico.*)

Rie. Mi muger?

Pot. ¡Maldiccion!!! (*Tomando la carta con furor la abre y la lee muy agitado.*) He aquí lo que tanto temia... Que se suspenda inmediatamente el arresto que acabo de pronunciar.

Rie. Bien: no se ha descuidado mi muger... (*Aparte.*) ya está colocado mi primo... somos felices. (*Vase.*)

ESCENA X.

LA CONDESA, un poco separada, POTEKIN sentado en un sillón y muy agitado.

Cond. ¡Ah!.. (*Acercándose á él cariñosamente y despues de un momento de silencio.*) Querido tío! Decidme por Dios qué teneis?

Pot. Déjame... márchate; quiero estar solo... no quiero que nadie se me acerque.

Cond. Tiene razon... dejaremos que se le pase el primer acceso. (*Se retira.*)

Pot. Ya lo sabia yo... (*Sentado.*) ese billete de baile que le llevó ayer el baron de Rielof... sí... era en virtud de una orden superior... y esa entrevista... esa

cita misteriosa... lo sospechaba... ya no me queda ninguna duda... le nombran gobernador de palacio... y yo mismo debo presentarle como tal dentro de poco al desayuno imperial... donde le reciben... donde le estan aguardando... A los ojos de toda la corte, es ya un favorito declarado... y no puedo absolutamente alejarle de aqui, desterrarle ó deshacerme de él en la oscuridad... no, me exigirian una estrecha responsabilidad, y ya estaba perdido para siempre... Pero y ese Rielof, su muger, todo su partido que triunfa, lo mismo que esos cortesanos que me detestan... He de soportar que contemplen con tanto placer mi caida... y causada... por quien? por un joven aturdido... un insensato... que hasta tiene la estupidez de ignorar su misma fortuna... un estravagante, que desde ayer no hace otra cosa que venir á confiarme sus proyectos... y yo los sé... y no puedo destruirlos... (*Levantándose con furor.*) No, no: me es imposible soportarlo! y aunque el infierno me confunda, su pérdida sucederá á la mia.

Cond. ¡Cielos! (*Acercándose.*)

Pot. Todavía estais ahí?

Cond. Hablais de vuestra pérdida...

Pot. Sí... mi pérdida... ya es irremediable... (*Con calma y despues de un momento de silencio.*) Pero y por qué? (*Mirando á la Condesa.*) Me asusta una desgracia, que puedo remediar en un minuto... vamos, vamos... Calmémonos... otras partidas mas desesperadas he ganado... y esta no es mas que una jugarreta. (*Se sienta en el sillón y mira á la Condesa con aire risueño.*)

Cond. Dios mio!.. Ahora se rie!

Pot. Acércate, (*Alargando la mano á la Condesa.*) Carolina.

Cond. Ya desapareció el tártaro incivilizado. (*Aparte.*)

Pot. Te has asustado?

Cond. Sí, señor... deciais que vuestra pérdida era cierta, que nada podia salvaros.

Pot. Solo una persona... y esa persona eres tú.

Cond. Yo?... Pronto... hablad... qué quereis?

Pot. ¿Eres capaz de hacer por mí un gran sacrificio?

Cond. Cualquiera: quereis que divida con vos las desgracias que parecen asaltaros? quereis que os siga á un destierro?

Pot. Es preciso mas que todo eso.

Cond. Ah! Dios mio... (*Temblando.*) Qué me pedirá?..

ESCENA XI.

Los mismos, un oficial.

Pot. ¿Qué queréis? ¿Qué ocurre? (*Vivamente al oficial.*)

Ofic. Daros una carta que acaba de escribir el prisionero, y que antes de todo he creído conveniente venir á entregaros... va dirigida á un intendente general, á un tal Gregorio que nadie conoce.

Pot. Yo le conozco. (*La abre, mira el segundo sobre y dice al oficial.*) Dádsela á mi sobrina. (*El oficial da la carta á la condesa, y se va á una seña de Potemkin. Este, que está sentado junto á la mesa de la derecha, escribe mientras lee la condesa.*)

Cond. «Para entregar á la condesa Braniska. (*Leyendo.*) Me dicen que voy á morir; pero yo no pienso en la muerte: yo no pienso mas que en vos, en vos únicamente. Por dicha mia acaban de suspender la ejecucion, y puedo escribiros. Puedo deciros que gracias al cielo conozco ya la verdad..... Erais vos, señora, vos misma.» Todavía (*Hablando.*) no puede desechar esa idea. «No me compadezcáis: muero el mas feliz de los hombres, porque me amais, y por nada en este mundo cambiaria mi suerte con la de Potemkin.=Firmado.=Ladislao.=Post-data.

Pot. ¡Ah! Tambien hay post-data? (*Escribiendo.*)

Cond. Sí, tio mio. (*Enjugándose con viveza las lágrimas.*) «Consolad á ese pobre Gregorio. (*Acabando de leer.*) que os entregará esta carta, y que debe estar muy afligido.» ¿Qué quiere decir esto?

Pot. Que está abajo en la capilla de palacio. (*Con frialdad.*) y con él un sacerdote.... Iglou.... mi capellan... para ausiliarle en sus últimos momentos.

Cond. ¡Cielos! Con que está próxima su muerte?

Pot. Sí, porque quiero que quedes vengada, y porque no quiero que sea testigo de mi ruina: lo he jurado.

Cond. Y si triunfais de vuestros enemigos? (*Con timidez.*) Si permanecéis poderoso?

Pot. Ya te he dicho que eso depende de tí.

Cond. Y yo os he dicho que estaba pronta. (*Temblando.*)

Me sacrificaré por.... (*Con viveza.*) por vos solo.

Pot. Bien.

Cond. Qué quereis que haga?

Pot. Lleva esta orden á Iglou, mi capellan; (*Dándola el papel que está sobre la mesa.*) y en cuanto la haya leído acuérdate de tu promesa.

Cond. Sí, señor. (*Temblando.*)

Pot. Acuérdate de ella.

Cond. Bien está. (*Lo mismo.*)

Pot. Date prisa que vienen gentes, y acaso no sea tiempo ya....

Cond. ¡Ah! (*Precipitándose por la puerta de la izquierda.*) Voy corriendo. (*Vase.*)

ESCENA XII.

POTEMKIN, despues RIELOF.

Pot. (*Aparte.*) Vamos..... Valor! Cielos! Ya está aqui Rielof. (*Viéndole entrar.*)

Rie. (*Aparte.*) Quiero ser el primero que se goce en su furor.

Pot. Ya estais de vuelta, baron? (*Un poco conmovido.*) Qué noticias hay?

Rie. Una sola que ocupa toda la corte. (*Con aire burlesco.*) No sé como es que mi muger acaba de ser nombrada por nuestra soberana condesa de Rielof.

Pot. ¡Ah!

Rie. Y yo conde.

Pot. Por añadidura.

Rie. Todavía mas. Ladislao Ranziski, nuestro primo, recibe de la emperatriz una tierra en Ukraine con 100 vasallos.

Pot. ¡Cielos! (*Aparte queriendo contenerse.*) ¿Y no hay mas noticias? (*Alto mirando la puerta de la izquierda.*)

Rie. Todavía queda la mayor. Algunos que se dicen estar bien informados pretenden que.... pero yo no los creo.

Pot. Acabad. (*Impaciente.*)

Rie. Pretenden que en este mismo instante el primer ministro tiene ya designado un sucesor. (*Se oye tocar la campana de una capilla. Potemkin hace un movimiento de alegría, y se vuelve hácia Rielof.*)

Pot. ¡La campana de la capilla! (*Aparte.*) ¿Con que un sucesor? ¿No es eso? (*A Rielof con aire triunfante.*)

Rie. ¡Calle! Pues no le ha hecho el efecto que yo esperaba.

Pot. (*Sentándose en el sillón.*) Os agradezco en el alma, querido baron... no, no me he equivocado: querido conde, la feliz nueva que acabais de traerme..... Ya hace tiempo que deseaba yo retirarme.

Rie. ¿Retiraros? (*Admirado.*)

Pot. Sí, querido: y doy gracias al cielo de haberlo conseguido. Necesito descansar. ¡Ah! viejos cortesanos... levantaos, ya os lo permito. Muy cansados debeis estar al cabo de 20 años que andais de rodillas. (*Levántándose con viveza.*)

Rie. (*Despues que se habia encorvado se endereza de pronto.*) Esto ya es demasiado. Llegó el momento de que nos conozcais.... Aquí viene mi muger que os dirá...

ESCENA XIII.

Los mismos , JULIA.

Jul. La emperatriz os está esperando, y se queja de vuestra tardanza en ir á ponerlos á sus órdenes... os habia encargado que la presentásteis hoy por la mañana á Ladislao Randziski.

Rie. ¡Nuestro primo! (*Con orgullo.*)

Pot. Ladislao decis?

Jul. Sí, el mismo que habeis detenido.

Rie. Ladislao vuestro prisionero?

Pot. ¡Ah!—Venis demasiado tarde... porque en este momento ya no está en mi poder.

Jul. ¿Qué quereis decir? (*Asustada.*)

Rie. ¿Os habreis atrevido?... (*Lo mismo.*)

Pot. ¿Y por qué no?... Habeis oido esa campana?

Rie. Esa campana fúnebre...

Jul. Nos anuncia su muerte.—

Pot. No, su himeneo. (*Sonriendo.*)

Rie. y Jul. Su himeneo! (*Estupefactos.*)

Pot. Y voy con vosotros (*Señalando á Ladislao y la Condesa que entran en este momento por la puerta de la izquierda.*) á presentar mi sobrino á la emperatriz.

Todos. Su sobrino! (*Admirados.*)

Lad. Qué está diciendo? (*A la Condesa.*) el... mi amigo Gregorio!...

Cond. Es el príncipe Potemkin.

Lad. De veras?... Potemkin! (*Yendo á Potemkin.*) el que ha consentido, el que ha firmado nuestro consorcio?

Pot. ¿Os admira eso, querido?

Lad. Pues ya se ve que me admira... porque ahora estoy seguro que no es ella... me lo ha dicho... me lo ha jurado.

Pot. Pero qué... no entendeis nada de esto?

Lad. Sí, pues no he de entender. Es positivamente mi prima... (*A media voz á Potemkin.*) pero yo no tengo la culpa... Creed, querido amigo, (*Alto á Rielof yendo hácia él con viveza.*) que si puedo encontrar alguna ocasion...

Rie. Si, no tiene mal modo! (*Incomodado.*)

Jul. Tonto! (*Lo mismo.*)

Rie. Cuando ya era yo conde del imperio!

Jul. Cuando tenia en Ukraine una tierra con diez mil vasallos!

Lad. Bueno... bueno... (*A Potemkin.*) para qué quiero yo todo eso? He aqui el mejor tesoro que he ganado. (*Señalando á la Condesa.*)

Rie. Desgraciado!... qué magnífica placa... qué puesto tan inminente ha perdido!!!

Lad. Como, como es eso?

Todos. ¡Chiiiiit!!! (*Haciéndole señas para que calle.*)

Pot. No mandeis callar así; (*A los actores.*)

que en vez de esa interjeccion

hay la palabra... ¡Chiton!

que viene de molde aqui.

Me suena muy mal el Chí

en estos finales; nada:

Señores, si acaso agrada (*Al público.*)

yo prefiero, con franqueza,

al título de la pieza

el oír una palmada.



